

SUMARIO

Crónica general, por NIEMAND; pág 97. — Algunas observaciones sobre la defensa del puerto de Barcelona, por A. L. DE V.; pág. 99. — Ojeada sobre los sucesos de la guerra tesaliana (*continuación*), por C. BARÓN DE GOLTZ, traducción del MARQUÉS DE ZAYAS, comandante de Estado Mayor, pag. 105. — Marcha experimental para el ensayo del material de montaña de 7'5 de tiro rápido (*continuación*), por don EDUARDO DE OLIVER-COPÓNS, comandante de Artillería; página 109.

Pliego 19 de *Telegrafía Militar*, por D. CARLOS BANÚS Y COMAS, coronel, teniente coronel de Ingenieros.

Pliego 15 de *La dirección de la Guerra*, por el general, BARÓN DE GOLTZ.

CRONICA GENERAL

LA SITUACIÓN ACTUAL.—EL ÚNICO PRINCIPIO VERDADERO.—NUESTRA TAREA DE SIEMPRE.—EL NUEVO CAÑÓN DE CAMPAÑA ALEMÁN.—UNA COMPAÑÍA CÍCLICA, EN FRANCIA.

La gravedad de la situación á que han llegado últimamente las cosas nos obliga á desviar la atención de los asuntos que con más preferencia forman el objeto de estas crónicas, para fijarla algo en el estado de nuestras relaciones con los Estados Unidos. Y no para entrar en el fondo de este asunto, sino para manifestar sencillamente que, dados los antecedentes y la historia de la *Revista*, ésta no puede ni debe hacer más que respetar los acuerdos que tome el gobierno de la nación en tan delicada materia, aceptando la paz, si ésta viene sin mengua de la honra de España y de sus instituciones militares; aplaudiendo la guerra, si ésta fuese el camino más digno y adecuado para salir de la pendiente peligrosísima que vamos recorriendo con velocidad vertiginosa, acaso sin darnos cuenta exacta de ello.

Defensores nosotros, á todo trance, de los sanos principios del arte militar, claro es que no vemos más medio práctico, eficaz y seguro de tener paz digna y firme en el interior y en el exterior que practicar el aforismo que constituye la base, la razón principalísima de la existencia de los ejércitos permanentes: *Si vis pacem para bellum*; aforismo que traducido al lenguaje vulgar se convierte en este otro: *Si quieres que te respeten, enseña las bocas de los cañones*. Fuera de la práctica de este principio, lo demás son paliativos, recursos de guardarropía, á veces; otras ¡quién lo duda! son llamaradas gigantes que el patriotismo verdadero puede convertir en epopeyas, pero que no se subordinan fácilmente al cálculo, á la ejecución ordenada, á la probable consecución del fin que se desea.

Un periódico no puede seguramente practicar el principio de prepararse para la guerra con el fin de conservar la paz. Lo único que puede hacer es predicar la conveniencia de seguirlo en todas sus partes, como procuramos hacerlo un día y otro día. ¿Es esta labor estéril? De ningún modo: en la gran masa del personal militar va infiltrándose cada día más el concepto de que hace falta robustecer moral y materialmente nuestro ejército, que es preciso darle una cohe-

sión que levante su espíritu, que es necesario aumentar, en resumen, su eficacia. Hoy no es posible predecir cuando esta tendencia, hoy latente, se traducirá en hechos prácticos; pero bueno es que la tendencia exista, que el tiempo hará lo demás.

Así, dejando al gobierno la tarea de resolver si habrá paz ó habrá guerra; sigamos nosotros con la nuestra más humilde, aunque á la larga no del todo infructuosa. No pretendamos hacer todos el papel de ministros, de diplomáticos, de generales en jefe. Cumpla cada español con *su* deber en la paz ó en la guerra, y este es el mejor medio de que la nación salga airosa del conflicto presente y de todos lo que puedan presentarse en lo porvenir.

*
*
*

Los periódicos militares de Alemania publican interesantes detalles respecto al nuevo cañón de campaña, que en principio parece que se ha adoptado para el ejército de dicho imperio. La pieza, cuyo calibre creemos que es de 75 *mm.*, tiene una cureña que, además de un frenó elástico para disminuir el retroceso, tiene un arado de contera, que ofrece la particularidad de que puede doblarse de modo que sólo se utilice cuando sea preciso. Esta precisión sólo se presentará cuando el fuego haya de ser rápido; fuera de esta circunstancia, no se empleará el arado, por ser muy fatigoso para el montaje emplear tan radical recurso para evitar el retroceso. Además de esta recomendación, se hace á los artilleros encargados de servir la nueva pieza, la que avancen ó retiren algo el cañón cuando la contera de la cureña penetra algo en el terreno por efecto de disparos repetidos. También con el fin de aminorar el tormento del montaje se les recuerda la conveciencia de que las ruedas se hallen á un mismo nivel, pues el hecho de que una de ellas esté más alta ó más baja que la otra puede constituir un grave peligro para la cureña.

Los proyectiles del nuevo cañón tendrán todos espoleta de doble efecto (esto es, de percusión y de tiempos), abandonándose definitivamente el bote de metralla, por creerse que el shrapnel puede reemplazarle, con ventajas para el abastecimiento de las baterías.

Durante el fuego, los arzones y carros de municiones quedarán á retaguardia, ocultos si es posible. Cada porción de proyectiles y cargas irá contenida en una caja de municiones, y cada caja de éstas se llevará junto á la pieza á medida que las necesidades del tiro lo exijan, dejándola sobre el terreno. Cuando en el cajón no quedan más que dos cargas, los artilleros irán á los carros ó arzones á buscar otra caja.

La puntería por medio del nivel se empleará frecuentemente, preveyéndose ya que la artillería tendrá que hacer fuego sobre blancos invisibles, que harán inútil el empleo del alza. Los movimientos de la pieza por medio de la prolonga se considera también que serán de empleo muy común, indicando esta prevención la necesidad, que se sospecha, de que las piezas tendrán que cambiar de situación, aunque no sea nada más que para evitar que la artillería contraria centre su tiro sobre las baterías.

Estos datos, descosidos y faltos de hilación, no dejan de tener alguna importancia, pues marcan las tendencias actuales de la artillería alemana y dan idea de cómo en el nuevo imperio germánico han resuelto ó piensan resolver mu-

chos de los graves problemas que en sí encierra la elección del *cañón del porvenir*.

*
* *

En Francia, aunque no dejando de preocuparse del cañón del porvenir, según lo prueban los más ó menos misteriosos ensayos del campo de Chalons, entretienen el tiempo ocupándose en cosas menos trascendentales. Desde que se presentó la bicicleta plegadiza del capitán Gerard, y se hizo en la prensa una campaña pertinaz en su favor, ya era de prever que el asunto llegaría á vías de hecho, y que el *velocipedista combatiente* haría su aparición oficial en el ejército francés.

La comisión parlamentaria encargada de los asuntos militares ha informado, pues, favorablemente la proposición de Mr. La Hérisse, que establece la creación inmediata de una compañía de velocipedistas. «Todo está dispuesto, — dice en su informe el mismo diputado, en nombre de la Comisión,—la máquina que deben utilizar los velocipedistas existe; ha sido declarada útil para el servicio de guerra por una comisión de experimentos... y acaba de sufrir una prueba concluyente en la cual tomarán parte sesenta bicicletas plegadizas... ¿Qué espereemos, pues, para crear esta infantería montada incomparable, cuyo problema está á la orden del día en todos los ejércitos desde la más remota antigüedad, y cuya solución se ha hallado al fin?»

Por lo visto, ya no habrá que esperar nada, pues la proposición recomienda que se cree desde luego una compañía de ciclistas combatientes, compuesta de 1 capitán (montado, y no en bicicleta); 4 tenientes ó subtenientes, 1 ayudante, 1 armero, 1 sargento mayor, 1 sargento furriel, 1 cabo furriel, 16 cabos, 4 cornetas y 166 soldados.

Siempre hemos creído que es un retroceso querer desviar á la bicicleta de su aplicación verdadera. La nueva compañía, muy bonita en las maniobras, es bien cierto que no sacará de ningún apuro al ejército francés. Creemos muy útil la velocipedia como auxiliar del servicio de comunicaciones, como arma de las carreteras. Fuera de éstas, esperemos un poco antes de afirmar que han resuelto esas máquinas el llamado problema de la infantería montada.

NIEMAND

9 de abril de 1898.

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA DEFENSA DEL PUERTO DE BARCELONA

La defensa del puerto de Barcelona ha sido ya objeto de notables estudios, pero hasta ahora cuantos proyectos se han elevado á la Superioridad, han corrido la misma suerte que los referentes á la fortificación del reyno, pasando después de examinados por la Junta superior facultativa de Ingenieros á engrosar los archivos del Cuerpo y del ministerio de la Guerra, donde la humedad y la polilla darán fin de ellos, sin que nadie los conozca. Tal vez algún día, si tenemos que mezclarnos en guerras internacionales, se note nuestro fatal descuido.

Pero entre tanto, vamos pasando como hasta aquí, sin que se cuente con nosotros para nada, viéndonos despreciados y atropellados por todo el mundo y llegando nuestra impotencia y debilidad al punto de consentir que haya nación que se esté mofando de la nuestra, y que con protestas de amistad nos amenaza indirectamente, como si no tuviera que temer por su comercio, en caso de guerra, mucho más que nosotros por el nuestro.

Que hasta ahora nos hayamos sostenido en paz con todas las potencias, á fuerza de ceder y de representar un papel muy triste en el mundo, no quiere decir que siempre habremos de ser lo mismo, pues la paciencia se agota y la dignidad reclama que nos coloquemos en el lugar que nos corresponde. Por esta razón, es preciso que nuestro Gobierno sea más previsor, y que destine algunas sumas á poner en estado de defensa al país, particularmente las fronteras y costas, siendo éstas, ó por lo menos sus puertos militares y de comercio, los que merezcan la preferencia.

Desde luego no debe olvidarse que (según Gabriel Chames, París 1886). es, no sólo lícito, sino obligatorio en toda guerra marítima, atacar la propiedad privada del enemigo, en el mar y en los docks ó almacenes, lo que, inutilizando los puertos comerciales, se cree tan eficaz para procurar la paz como la destrucción de los militares. Así, Barcelona, que es el puerto de comercio más rico de España, estará amenazado desde el momento en que estalle un conflicto con cualquiera otra nación.

Aparte del auxilio que pudiera prestar nuestra marina de guerra, auxilio que prudentemente no debe tomarse en cuenta, por lo difícil que es el que lleguen nuestros buques oportunamente al punto atacado; donde debemos buscar la protección es en las defensas de las costa que, en nuestro caso, si se sabe sacar partido de la próxima montaña de Montjuich, serán bastante imponentes para alejar el peligro. En efecto, esta importante altura cubre la ciudad da los ataques del mar por la parte del sur, y, con su elevación de 190 metros, sobre el nivel del agua, domina todos los alrededores hasta muchas millas, por lo cual, convenientemente artillado su castillo, bastaría para hacer muy aventurada la aproximación de una escuadra contraria á la distancia de bombardeo. Faltaríale, sin embargo á aquél alguna obra que registrase el ángulo muerto del pie del escarpado que mira al mar; y esto es lo que se procuró conseguir en Junio de 1888 cuando, además de dos baterías en la meseta superior, se indicó la construcción en Roca Tallada de una batería rasante y otra en el Campo de la Bota que impidiese la aproximación por aquel sitio: siendo de advertir que ya en 1881, al proyectar la reforma de dicho Castillo se había propuesto el aumento de cierto número de bóvedas sobre el borde del escarpado, para que, en sus terraplenes superiores, se montaran 12 piezas de 28 centímetros, propias para mantener alejados los buques enemigos, sin correr gran riesgo de ser acalladas por la mucha altura de la meseta.

Para que se comprendan las ventajas de esta posición, observaremos que en todas partes se da la preferencia á las baterías altas sobre las bajas, porque pueden ofender sin ser casi ofendidas, descubriendo mucho mayor campo de tiro, alcanzando más, y dominando los puentes y cofas militares de las naves agregadas.

Las baterías de costa inglesas se han establecido á menudo en la parte supe-

rrior de los farallones, lo que les da gran dominación sobre el agua; y como la dificultad de estimar las distancias se oponía al acierto de los tiros, inventaron un instrumento, por medio del cual es permitido, á un observador oculto, comunicar automáticamente, á muchos centenares de metros, las indicaciones necesarias para acertar á un navío anclado ó en marcha; procedimiento que no sería difícil aplicar á Montjuich.

Como el tiro directo á toda carga no produce efecto contra una batería alta á barbata (Brialmont, *defense des Côtes*, 1896), se puede admitir que las que se hallen á 200 ó 300 metros de elevación, serán muy difíciles de reducir al silencio, á menos que no tengan una escarpa descubierta de mampostería susceptible de ser batida en brecha, por granadas que lleguen formando un ángulo negativo de abajo arriba.

El distinguido coronel Roldán en su excelente trabajo publicado por el *Memorial de Ingenieros del Ejército*, titulado, «Tanteos de defensa», pone una tabla en el número 1.º de este año que, tratándose de una altura de 190 metros, demuestra la necesidad de que los buques que llevan cañones ingleses de 10 pulgadas, se alejen á 4.174 metros de la batería de tierra, para que sus proyectiles caigan con 1/6 de inclinación sobre ella, y si son disparados por cañones de 24 centímetros Krupp, á 6.409 metros: lo que prueba, que las obras á esa altura están casi libres de los fuegos de los buques, pues además de lo fácil que es que los proyectiles que pasen rozando por la cresta del parapeto vayan á caer muy á la espalda, fuera del terraplen, hay la inseguridad del tiro desde el mar, producida por el movimiento de balance, que hará casi imposible el acierto: En esto se funda sin duda dicho coronel para asegurar que en el concepto puramente defensivo las baterías elevadas presentan indiscutible ventaja sobre las rasantes, y bajo el punto de vista ofensivo, las grandes cotas son las más convenientes para los fuegos curvos.

A 4 000 metros de distancia (Brialmont, *defense des Côtes*) los proyectiles del cañón Krupp de 28 centímetros van á parar á un rectángulo de 5'60 metros de anchura por 10'8 metros de altura, y el obús del mismo calibre los envía á un rectángulo horizontal de 12 metros de anchura por 96 de longitud. Si una nave de 20 metros de anchura en el puente superior y de una longitud de 100 metros se presenta de costado, tendrá 92 probabilidades sobre 100 de ser tocada por el cañón, y 26 por 100 de serlo por el obús. Este último con la carga máxima de 26 kilogramos y con 24º de elevación, tiene un alcance de 7.500 metros, y un blanco de 28 metros de longitud por 6 de anchura, llega á ser tocado la mitad de las veces: si la elevación es de 30 á 35' al alcance, aumenta hasta 8.400 metros, y se extiende á 9.200 metros con 40 á 47º de elevación, cayendo entonces el 50 por 100 de los proyectiles, en un blanco de 38 por 9 metros. Bien se ve, pues, que no es tan difícil acertar á los buques enemigos aun á largas distancias, y que es muy peligroso para los acorazados el ponerse á tiro de las baterías de tierra. Por esto M. Gougeard, antiguo ministro de Marina, dijo, que era insensato servirse para bombardear un fuerte, de un buque que cuesta más de 20 millones de francos, sin contar con que algunos de los de esta clase, mal protegidos, se hallan en las peores condiciones, porque sus obras tienen mayor superficie que las vivas ó acorazadas.

Se pueden realizar grandes economías en la construcción de las baterías al-

tas, estableciendo los gruesos cañones y los morteros al descubierto; los que se hallen á 40 ó 50 metros sobre el agua, en afustes Moncrief, ó, mejor aun, sobre los hidroneumáticos de Armstrong con escudo; y dejando sólo para las obras bajas ó rasantes, las cúpulas de acero, que son insubstituíbles en tales sitios, según las autorizadas opiniones de los almirantes Porter y Ferragut; de los coroneles ingleses Galloway y Jervois; de todos los que las han construído en las costas de Alemania, Austria, Italia, Holanda, Bélgica y Rusia, y además, del eminente general de Ingenieros belga Brialmont.

Las cuatro baterías proyectadas en 1881 y 1888 para la protección del puerto de Barcelona, satisfarían en el día á su buena y económica defensa, pues bastarían para no dejar arrimar á la costa, á distancia de bombardeo, ninguna flota enemiga, ya que los proyectiles de las mismas alcanzarían de 7 á 10.000 metros, y su puntería sería bastante exacta, para que se juzgase imprudente exponerse á recibirlos. Una vez construídas y artilladas esas baterías y completado el armamento del castillo de Montjuich, todo sería cuestión de sostener anualmente buenas escuelas prácticas á la boya, en las que no conviene escatimar el gasto, por lo cual, deberían arbitrarse recursos para sostenerlas, acudiendo á contribuciones especiales, que pagasen el comercio y la ciudad.

Preparado todo como se acaba de indicar, el bombardeo de ésta y su puerto lo juzgamos casi imposible, porque aun suponiendo que fuese intentado por una flotilla de 6 cruceros que llevase 12 cañones de 190 y 36 de 160, ó sean 48 de gran calibre y alcance, éstos tendrían que luchar con 20 cañones de 150 de las cúpulas rasantes de las dos baterías bajas de los extremos, 12 cañones de 280 de una batería alta de Montjuich y 12 morteros rayados de igual calibre de la que se construyese al lado, que suman 44 piezas gruesas en tierra; las cuales por lo mismo tirarían con una seguridad y acierto que no es comparable con los fuegos del mar, por lo que nada tendría de extraño que la indicada flotilla perdiese en la refriega mucho más de lo que el daño que lograrse causar, toda vez que, después de atender á su propia defensa, serían muy pocos los tiros que podría dedicar al bombardeo. Es excusado decir, que dos ó tres cruceros, aunque fuesen protegidos por fajas de acero, no se atreverían á presentarse en las aguas de Barcelona, ó les costaría muy caro.

Para conseguir esta seguridad relativamente completa, sólo serían precisos 10 millones de pesetas; de ellos tres para la batería rasante con cinco cúpulas de acero níquel y de sistema oscilante Mongin, que se construyese en Torre Tallada; otros tres para la semejante del Campo de la Bota; y cuatro para la reforma y nuevas baterías altas de Montjuich. Esta cantidad es bien pequeña si se atiende á la importancia del objeto que se trata de conseguir, de modo que, si el Gobierno no pudiese sufragarla por el pronto, valdría la pena de que la supliera en cinco años el comercio y la población de Barcelona, á reserva de crear algún arbitrio ó contribución para resarcirla, como la de los muelles y escolleras de abrigo contra los temporales, que no son más útiles que podrían serlo las defensas del puerto.

Lo expuesto hasta aquí parece bastante claro y conveniente para no dejar duda acerca de las ventajas que presenta la montaña de Montjuich, y de la posibilidad de impedir un bombardeo con las obras que en ella y en las orillas del mar se construyan. Pero, ó no se ha leído lo que antes de ahora se ha escrito so-

bre el particular, ó no ha parecido bien fundadas las razones que se han dado, toda vez que, desentendiéndose de ellas, se han propuesto otros medios, en mi concepto de éxito dudoso, para alcanzar el mismo resultado.

En el año 1896 se mandó por el Gobierno estudiar las defensas de la costa de España, dándose esta importante comisión á un ilustrado jefe superior de ingenieros. Por lo que atañe á Cataluña y en especial á Barcelona, tengo noticia de que se propusieron multitud de baterías bajas con parapetos de arena, fuegos al descubierto y sólo algunas casamatas para alojamiento de la guarnición. Esta solución que sin duda inspiró el deseo de no emplear cúpulas de acero, á las que eran opuestos los vocales de la junta superior facultativa de ingenieros; no resulta bien justificada en el día, pues está demostrado que en igualdad de efecto, las cúpulas son más económicas que las baterías descubiertas; que las de acero-níquel resisten los proyectiles más gruesos del ataque y que las modernas ni son tan pequeñas que impidan el servicio, ni tienen los exagerados defectos que se les han atribuido.

Para convencerse de la superioridad de las cúpulas, basta simular un ataque á una batería baja descubierta, desde el mar. Como los fuegos directos son los menos temibles, prescindiré del espesor del parapeto suponiéndolo tan grueso como se quiera; pero si dos ó tres buques de guerra concentran los suyos curvos sobre dicha batería, por pocos que acierten, no podrán menos de hacer grandes destrozos en los sirvientes de las piezas; y cuando vayan acercándose, hasta los cañones de tiro rápido de las cofas militares y los disparos defusilería de las mismas acribillarán de tal modo á aquellos, que en poco tiempo los matarán ó inutilizarán, dejando la batería desamparada.

Para cambio, si se tratase de cúpulas, sus fuegos serían inapagables, y los buques habrían de mantenerse siempre á largas distancias, para no correr el riesgo de ser heridos en sus obras muertas, y acaso puesto fuera de servicio ó echados á pique por las granadas de tierra, disparadas en suelo firme y con la posible precisión.

No cabe pues duda, la cosa es tan evidente que no exige otros argumentos, y por lo mismo, hay que admitir que las cúpulas de acero-níquel oscilantes de Mougín (Hennebert-Frontières de France 1888), cuyas piezas equivalen en juicio del coronel Gallway, á nueve veces las descubiertas, son decididamente las que deben emplearse contra los buques de guerra, por más que en España continuemos sin introducirlas, ignorándose la causa.

Otro medio se ha propuesto para la defensa del puerto de Barcelona, en un artículo publicado en el número 12 del *Memorial de Ingenieros* del ejército del año último, debido á un inteligente, laborioso é infatigable comandante del mismo cuerpo. Se titula: «Las baterías flotantes en la defensa de Barcelona» y contiene observaciones muy acertadas, pero al examinar las condiciones de la costa no cita la montaña de Montjuich, y encuentra deficientes dichas condiciones para un puerto militar, aunque sólo se trata de uno de comercio. De aquí, el que suponga que la defensa por mar debe constar de tres líneas; una activa realizada por los cañoneros y torpederos afectos especialmente al puerto; otra de resistencia principal, constituida por la serie de baterías flotantes disponibles, situadas á tres millas delante de las escolleras; y otra formada por las baterías terrestres dispersas en el litoral, sin perjuicio de la artillería sobre vías férreas.

destinada á concentrar sus fuegos sobre los buques que se presenten en condiciones para ello. Los gastos que tal disposición exigiría no pasarían de 30 millones de pesetas, que no le parecen al autor crecidos si se comparan con lo que vendría á costar alguna plaza francesa en proyecto.

El pensamiento es bueno, pero en España se me figura poco práctico; porque nunca contaremos con cañoneros ni torpederos para la defensa de los puertos, ni con suficientes baterías en el litoral; ni menos con artillería que lo recorra sobre vías férreas. Por otra parte, hasta las baterías flotantes ofrecen, á mi entender, sus dificultades, porque suponiendo que pudieran colocarse en su sitio oportunamente, y siendo mejores que las bombardas de que varias naciones se han servido en el ataque de plazas marítimas, no creo que diesen resultado en la defensa, pues carecerían de apoyo en el puerto, como lo tienen en las escuadras que las llevan. Su movimiento en el mar haría que sus fuegos sobre los buques en marcha fuesen muy poco certeros, y para que ofreciesen garantía de suficiente resistencia deberían construirse acorazadas, lo que acrecería notablemente su coste; demandando además un entretenimiento desproporcionado y su reposición cada 20 años; sin contar con que, habría de reservarles un gran espacio para que pudieran permanecer en el puerto, con sus dotaciones de hombres, municiones y víveres, lo que vendría á resultar muy caro para aplicarlo en toda la Península.

Sólo queda en vista de lo expuesto, el recurso de hacer la defensa principal desde tierra, cuyas obras vienen á ser las más baratas por lo que duran, y el poco entretenimiento que necesitan. El extraordinario alcance de los proyectiles con los cañones y pólvoras modernos, y la precisión de las punterías, permiten valerse de este medio, particularmente donde hay alguna porción de costa alta.

Concluyo por lo tanto proponiéndolo de nuevo para Barcelona como el más barato y eficaz, toda vez que, empleando cúpulas en las baterías bajas de los extremos, y gracias á la importante altura de Montjuich, sólo costaría la tercera parte de lo calculado para las baterías flotantes; consiguiéndose por esta disposición estar constantemente preparados á la resistencia de una manera activa, y apartar de la ciudad los tiros de la flota enemiga, que naturalmente se dirigirían á las obras que la hostilizasen, dejando en el centro el caserío, al que nunca lograrían alcanzar.

Pero como la construcción de estas obras necesitará varios años, y su necesidad puede dejarse sentir muy pronto, se deberá proceder en seguida á artillar fuertemente la parte de mar del Castillo de Montjuich, adquiriendo cañones y morteros rayados de 28 centímetros, y se empezará desde luego la batería de Roca Tallada, colocando en ella algunos cañones sobre afustes hidroneumáticos de Armstrong con escudo, que al ser montadas allí las primeras cúpulas se llevarán á la batería que se establezca en el campo de la Bota. Por ningún concepto se habilitarán baterías en el Astillero, que atraerían los fuegos enemigos sobre el puerto y la Ciudad. Y por fin, se dará desde luego principio á las escuelas prácticas con el tiro á la boya colocada á diferentes distancias.

A. L. DE V.

Barcelona 20 de marzo de 1898.

OJEADA SOBRE LOS SUCEOS DE LA GUERRA TESALIANA

POR C. BARÓN DE GOLTZ.

(Continuación)

Además de estas seis grandes vías de comunicación cruzan las montañas de la frontera numerosas sendas que, sirven para el acarreo directo en acémilas entre los pueblos de uno y otro lado, no pueden sin embargo pasar por ellas convoyes militares, y sólo son utilizables para la infantería.

Ciento doce blockhaus con intervalos de 2 á 2 $\frac{1}{2}$ kilómetros protegen la frontera contra la invasión de pequeñas partidas. Son en su mayor parte obra de Achmed Eyub Bajá que en la época de las revueltas de 1885 y 1886 era además de general en jefe, valí ó gobernador de Janina. Estos pequeños edificios y torres vistos desde lejos parecen almenas que coronan la escarpada cresta de la frontera, cada fuerte está aspillado y guarnecido por un destacamento, y muchos de ellos rodeados por un muro de piedra. Ofrecen seguridad contra una sorpresa, y este sistema de cerrar herméticamente ha dado sus resultados, porque hace diez años no ha sido violado el territorio turco por ninguna cuadrilla de bandoleros ni turba. Sin embargo, una defensa seria perjudicaría á estas obras, toda vez que se correría el riesgo de que cada uno de los nuestros, creyéndose muy fuertes opusiera una resistencia demasiado obstinada y cayera por último en poder del enemigo. Está proyectada la fortificación de posiciones de sostén donde puedan replegarse estos destacamentos; por ejemplo, al norte de Elassona en el monasterio Panagia, además otra para dominar el camino de la costa en Litochori detrás del Mavronero, en el mismo sitio en que el rey Perseo esperó á los romanos. Igualmente se han proyectado obras defensivas en Grebena, Mezzovo y frente á Arta, pero sólo se ha construído una pequeña parte de ellas, á pesar de que con tal objeto se constituyó en Janina una comisión permanente. Salónica debe también convertirse en una plaza fuerte, pues esta rica ciudad comercial, punto de etapa principal en el caso de una guerra con Grecia, está no sólo amenazada por el lado del mar sino también, y muy seriamente, por desembarcos que pudieran efectuarse en la península Caleydica, cuya población es en su totalidad griega.

Con la movilización se dió el orden de reforzar las obras de Kiucziuk y Bujuk Karaburun situadas á la entrada del golfo de Salónica, cerrando con torpedos el fondo de la bahía. En los puntos más importantes de la frontera desde Arta á Platamona, se establecieron fuertes destacamentos con tropas de sostén á retaguardia. La costa occidental de Epiro y la del golfo de Salónica fué vigilada por columnas volantes; en Katerina se concentró una brigada. Estas primeras medidas de protección correspondieron á las tropas de línea, una parte de las cuales tuvo que salir á operaciones sin ponerse en pie de guerra. Los batallones turcos de Macedonia, Tesalia y Epiro tenían ya en tiempo de paz todas sus acémilas y tiendas, y estaban en cualquier momento dispuestas á marchar.

De esta suerte se creó, aunque con bastante insuficiencia, el primer obstáculo que debfa oponerse á las prematuras tentativas de invasión del enemigo.

Por parte de los griegos se atendió ante todo á la frontera tesaliana. Constituye la zona natural de concentración porque en ella pueden abastecerse y alo-

jarse con prontitud las tropas. Realmente las verdaderas líneas de defensa de Grecia están más á retaguardia, en la cordillera del Othrys que formaba la antigua frontera, en el monte Eta que se eleva al sur de la anterior, en los montes de Lokris, Photis y Bocotios, y particularmente en el desfiladero del lago de Kopais por donde pasa el camino que conduce á Atenas. Pero ningún gobierno se hubiera atrevido á abandonar al principio de la guerra la rica y recién adquirida provincia de Tesalia para replegarse á aquel territorio montañoso donde los ejércitos invasores de la antigüedad habían encontrado su ruina.

Siendo Grecia señora del mar, eran favorables las circunstancias para una concentración en Tesalia. Todas las tropas podían ir en buques hasta Volo, y desde allá, por las dos vías férreas tesalianas de Lamia y Frikala, hasta las posiciones de la frontera. El aprovisionamiento del ejército podía efectuarse sin inconveniente por las mismas vías. En este concepto era indiscutible la ventaja de los griegos, porque en el ejército turco, á pesar de poseer el ferrocarril Salónica-Monastir, tenían que invertir todos los convoyes tres y cuatro jornadas para ir desde Karaferia y Sorovitch á la frontera.

El teatro de la guerra tesaliana pudiera haber sido especialmente favorable al defensor, si se hubiese establecido una comunicación con el interior por el paso de Furka en el Othrys, Lamia, Livadia y Tebas. El ejército griego estaba entonces en disposición de retirarse por un camino amenazando al invasor por el otro. Parece, sin embargo, que para realizar este plan no se hicieron bastantes preparativos. Las grandes ventajas de una base doble no fueron aprovechadas, ya por descuido, ya por la confianza de que no se llegaría á un caso extremo.

También en Epiro estaba la ventaja del teatro de operaciones de parte de los griegos, porque formando el territorio turco un entrante muy pronunciado hacia el sur podía aislarse su extremidad más avanzada, y así la plaza de Prevesa, débilmente fortificada, podía ser atacada por mar y por tierra desde el Arta. En aquella región constituye Corfú el punto de partida más adecuado para todos los ataques; allá es posible la invasión por Arta ó Kalarytae. Hemos demostrado anteriormente que el grueso del ejército turco en esta parte del teatro de operaciones debió limitarse á ocupar Janina, y que sus destacamentos avanzados tenían que encontrarse siempre en una situación muy expuesta.

III.—EL DESPLIEGUE ESTRATÉGICO.

La movilización se hizo por parte de los turcos con toda regularidad. En siete días se concentraron los reservistas en la plana mayor de sus batallones, y en nueve ó diez días se reunieron casi todos los batallones para disponerse á marchar. Los transportes por la línea férrea de Anatolia empezaron el noveno día de la movilización. Duraron todo el mes de marzo y para las tropas que más tarde fueron enviadas, parte de abril y mayo. En cifras redondas se transportaron desde Asia Menor á la costa, 90,000 hombres y 18,000 caballos. La operación no experimentó ningún entorpecimiento; todo se verificó con facilidad y buen orden. En Ismid ó en Derindje (1), puerto el más importante del golfo de Ismid que reemplazará en lo porvenir á la antigua Nicomedia, embarcaron las tropas para atravesar el mar de Marmara.

(1) Derin equivale á hondo. — Derindje significa Villahonda.

Las expediciones de estas tropas así como las procedentes de los puertos situados al sur del mar de Mármara desembarcaron en Rodosto (en turco Tekfurdagh.) Con una jornada de 30 kilómetros se trasladaron después á la estación Muradlu de la línea férrea Constantinopla-Andrianópolis, donde empezó el embarque en ferrocarril. Tampoco en la línea rumelista hubo dificultad alguna en los transportes. Sin embargo, en el ferrocarril transversal Dedeagatch-Salónica (1) no dejaron de presentarse inconvenientes que hicieron necesaria la intervención del gobierno para remediarlos (2). Desde Salónica continuó regularmente el movimiento de trenes y en Karaferia y Sorovitch se empezaron las marchas en dirección á la frontera.

El ejército de operaciones tuvo en general la misma composición que en 1886, poco antes de ocurrir las primeras escaramuzas. El grupo del ejército destinado á Tesalia debía constar de 7 divisiones de infantería, 1 de caballería, 1 brigada independiente de infantería y la artillería de reserva; el cuerpo de Epiro, de dos divisiones, y, más tarde, de tres. Tampoco esta vez las grandes unidades estuvieron constituidas como en tiempo de paz, sino que iban organizándose á medida que llegaban batallones y regimientos.

Hasta hubo desigualdades en la fuerza, por más que el general en jefe procuró que todas las divisiones tuvieran 16 batallones.

Atendiendo á algunos desplazamientos que se hicieron al principio en Tesalia, se deduce para el comienzo de las hostilidades la siguiente distribución:

1.^a División: Ferik Hairi Bajá, 20 batallones, 5 escuadrones, y 5 baterías, en el desfiladero de Chaihissar (Damasi).

2.^a División: Ferik Nechad Bajá, 13 batallones, 1 escuadrón y 3 baterías, en Skompa.

3.^a División: Ferik Memdouh Bajá, 14 batallones, 1 escuadrón y 3 baterías, en Ellassona.

4.^a División: Ferik Haider Bajá, 12 batallones, 1 escuadrón y 3 baterías, en Ellassona.

5.^a División: Ferik Hakki Bajá, 18 batallones, 1 escuadrón y 1 batería, en Diskata.

6.^a División: Ferik Hamdi Bajá, 20 batallones, 1 escuadrón y 2 baterías en la línea Koskiej-Lestokaria.

La brigada independiente, 8 batallones, en Ellassona.

La artillería de reserva, 9 baterías, en Ellassona.

El cuartel general, en Ellassona.

Las divisiones 1.^a, 2.^a, 4.^a y 6.^a tenían sus avanzadas en Beydermen, Skompa, Meluna y Davia, lo mismo que en Koskiej y Platamona, frente á los puestos griegos.

El cuerpo de Epiro estaba con una división concentrada en Janina y Mezzo-

(1) Este es el nombre usual, aunque el verdadero cruce de la red de los *Chemins de fer orientaux* no es Dedeagatch, sino Feredjik al noroeste.

(2) Un oficial alemán, el capitán Engels, del tercer regimiento de ferrocarriles, ha estudiado detenidamente los detalles de la movilización del ejército turco, y es de esperar que publicará informes interesantes é instructivos para nuestro ejército. Nos abstenemos, por tanto, de más pormenores sobre el particular.

vo, y con la otra destacada al sur de la provincia en Prevesa, Luxos y Pentipigadia, ocupando fuertemente la frontera. Entre las dos sumaban 36 batallones, 5 escuadrones y 9 baterías; la primera mandada por Ferik Achmed Bajá, que era á la vez gobernador de Janina y comandante en jefe de todas las tropas de Epiro, y la otra por Mustafá Hilmi Bajá.

El mando superior de todas las fuerzas en operaciones contra Grecia fué conferido á Muchir Edhem Bajá, quien se reservó especialmente la dirección del ejército de Tesalia.

El nombramiento de este hombre sorprendió tanto en su país como en el extranjero, y parece que fué acordado después practicar gestiones infructuosas con otros generales. Edhem es un *homo novus*. En su juventud hizo una gran carrera, siendo ayudante del Gran Señor y mandando en Plewna una brigada cuando sólo tenía 30 años. Antes de los últimos tumultos era general de división y valí de Kossovo. Allá le conocí: una persona jovial y muy agradable que gozaba de gran popularidad entre naturales del país y extranjeros, y que no rehuía, como muchos de sus compatriotas, el trato con familias distinguidas de Europa. Dotado de gran vigor corporal, había acreditado, según testimonio de los que le rodeaban, mucha energía y prontitud en reprimir las frecuentes revueltas de Albania. No menos se supo hacer respetar de todo el mundo en Creta donde ejerció el mando militar. Investido poco después con el cargo de gobernador general de Anatolia, se impuso á los drusos en Haurán y á los armenios sublevados de Zeitún. El desempeño acertado de estas y otras comisiones le valió el favor y las atenciones del Gran Señor. Aunque tiempo atrás había caído en desgracia y fué expulsado de Palacio; tenía, sin embargo, allá sus adeptos y era considerado en Ildiz como uno de los más seguros partidarios de la corte. No había dado aún pruebas de su capacidad para el mando de un grande ejército; su educación militar estaba basada en la escuela francesa y en su experiencia práctica.

Como sucede frecuentemente con todos los soberanos de inclinaciones autócráticas muy acentuadas, no quería el sultán Abdul Hamid II elegir para cargos importantes á ningún hombre cuya reputación estuviera ya hecha y que, gozando de cierto favor en la opinión pública, fueran señalados por ésta de un modo especial. Quizá hoy en el Cuerno de Oro no haya medio más expedito para inutilizar á una persona que pretenda un elevado cargo, como el de anunciar intencionadamente que es más apta. Los que estaban en el secreto descartaron desde el primer momento á afamados generales del imperio otomano, tales como Osmán, Achmed Muktar, Fuad, etc., y si se exceptúan además de estos algunos otros más, puede afirmarse que la elección de Edhem fué debida á la suerte. No se revela en él la resolución y energía de un Osmán, ni el golpe de vista de un Achmed Muktar, ni la impetuosidad de un Fuad; se dice que posee muchas dotes diplomáticas; pero, aunque así sea, hay que convenir que tuvo la protección de los dioses, porque sin ésta base no se sostiene en Turquía ningún general en jefe.

(Continuar á.)

Traducción del MARQUÉS DE ZAYAS,

Comandante de Estado Mayor.

MARCHA EXPERIMENTAL PARA ENSAYO DEL MATERIAL

DE MONTAÑA DE 7'5 DE TIRO RÁPIDO

(Continuación.)

Demostración palpable es esto de lo que vale nuestro soldado. En la marcha sólo habfan atendido, los conductores á dirigir el ganado, los sirvientes á arreglar las cargas en los momentos que alguna anchura del camino les permitía acercarse, los infantes, envueltos en la manta, sin pensar en resguardarse ellos, véfaseles afanosos por cubrir el mecanismo del cierre de su fusil, con trapos y pañuelos, y los de caballería cuidábanse de preservar las monturas con sus capotes, casi indiferentes á la propia molestia.

El recibimiento que se nos hizo en Aren, fué por todo extremo cariñoso. El ayuntamiento con el alcalde á la cabeza, se multiplicaba para acudir á todo y alojar pronto á los individuos.

El pueblo no es de muchos recursos, pero lo suplió con su excelente voluntad. Las cuadras son pocas y no muy grandes, bastando, sin embargo, para colocar todo el ganado, y la gente encontró buenos alojamientos, con el detalle digno de elogio de que á la media hora en todos los hogares ardían grandes brazados de leña para que la tropa pudiera secar su ropa y calentarse *apesar* de ser julio.

El material se aparcó en el zaguán de la casa del alcalde, y allí también se colocó la guardia á la que obsequió con vino, dicha autoridad y, finalmente, á mí me dió afectuoso y comfortable hospedaje.

En unos soportales de la plaza se hizo en seguida el rancho, y, en cuanto se distribuyó, se fueron á descansar los que no estaban de servicio, y para que no tuvieran que volver á salir, pues continuaba lloviendo, se les dió en mano el importe de un rancho, pudiéndose hacer esto, porque se prestaron á condimentarles la comida en los alojamientos, cosa que en otros pueblos hubiera presentado bastante dificultad.

Después de dar agua, se hizo la cura, presentándose bastantes mulos con rozaduras, efecto de las pésimas condiciones del camino, y las peripecias de la jornada. Algunos eran de cajas y de mástil, pero más de cañón, lo que pudimos atribuir á ir la carga muy adelantada, y se empezó á pensar en variarla.

Algo despejó al caer la tarde, y dimos los oficiales una vuelta por el pueblo. Después los mozos nos dieron una serenata, con buen deseo, pero males *guitarreros* y escasas facultades. No diré yo que cantasen bien ni mucho menos, pues no es cosa de levantar un falso testimonio, pero sí aseguro levantaban sus voces desentonadas hasta un punto inconcebible. Allí ya aparecía el carácter jovial y alegre de los aragoneses.

La noche vino á traer algún descanso á nuestros asendereados cuerpos, y amaneció el día 4 con ligeras nubes, que me hizo temer se repitiera la tormenta anterior. Para dar lugar á que el tiempo se manifestase en un sentido ú otro y con el fin de que la tropa saliera con un rancho comido, y más descansada, dispuse la salida para las doce.

Durante la mañana y en los ratos que brilló el sol, se sacaron los bastes para que se oreasen, limpiándolos y lo mismo el material y ganado. Entre tanto, se

veía á las mujeres tendiendo en ventanas y balcones las mantas y la ropa de los soldados, aun no del todo enjuta.

A las siete y media se dió pienso, rancho á las diez, agua y cura á las once, embastar once y media, rompiéndose la marcha á las doce y cuarto. Todo el pueblo nos despidió con verdaderas manifestaciones de cariño.

Salió en vanguardia la infantería; de enlace la caballería, y á retaguardia la artillería con el material á lomo, y por las condiciones del terreno, como había ocurrido en la anterior jornada, no se pudieron hacer flaqueos.

Tomamos un camino de herradura que, atravesando el puente por donde habíamos entrado en Aren el día antes, va por la orilla izquierda del Noguera. Según los planos, antecedentes y noticias, este camino que acortaba bastante la jornada, era perfectamente practicable, pero habiéndome adelantado con el capitán Anglada á la salida, vimos á corto espacio un sitio desmoronado por las pasadas lluvias, por donde era imposible pasase el ganado, que tan estrechas y peligrosas veredas había cruzado, y con esto se comprende cómo era la de que me ocupó.

En vista de ello, mandé contramarcha y, atravesando nuevamente el río, tomamos una senda á su orilla derecha, que descendía en una corta pendiente hasta vadear el barranco *sobre Castell*, siguiendo luego horizontal sin casi separarse de la ribera.

El terreno era desigual con grandes pedruscos, y á la hora entramos en otro de pradera y barbecho, y si el primero molestaba por duro al ganado, éste lo hacía por blando, enterrándoseles mucho el casco. Hicimos un alto de 10 minutos, inspeccionándose las cargas y los bastes, y se vió que los de muelles, que tan perfectamente se condujeron al principio, haciendo concebir esperanzas de un satisfactorio resultado, acusaban alguna depresión en la parte trasera (1).

Al continuar la marcha se atravesó el barranco Miralles, y á los veinte minutos encontramos un puente de piedra, que une las dos orillas, y, sin pasarlo, seguimos por una empinada cuesta, al borde de un precipicio, y á poco entráramos en Sapeira, pueblo muy pequeño, edificado sobre rocas, con calles estrechísimas, en pendiente y empedradas, que nos costó mucho atravesar. A los quince minutos encontramos otro puente de piedra, cruzándolo tomamos una mala senda de la orilla izquierda del río que nos condujo al *Pas de Escalas*, muy digno de parangonarse con el *Pas nou*, que puso otra vez á prueba las excelentes condiciones de esta pequeña columna, que con tanto orgullo y satisfacción por mi parte, he tenido á mis órdenes breve tiempo, sin ocasionarme contrariedad alguna, ni exigiéndome trabajo, pues el buen deseo y la inteligencia de los oficiales é individuos adelantábase á cuanto disponía, por lo cual todo elogio queda por bajo de su mérito.

El mencionado paso tiene unos 400 metros de extensión, y sólo uno de ancho. A la derecha la peña cortada verticalmente, y á la izquierda el río profundo y encajonado sobre un lecho de rocas que batían fuertemente sus aguas con rumores de lejana tormenta.

No repetiré lo dicho al tratar del *Pas nou*. La escena semejante; actores los

(1) Los primeros en que se notó fueron uno de cureña y otro de cajas, habiendo lesionado bastante el mulo, defecto que ya desde entonces se fué pronunciando.

mismos; iguales las dificultades, tan gallarda y bravamente vencidas. El mulo que cargaba cañón de la 4.^a pieza resbaló y se detuvo, y allí, en lo más estrecho, con el abismo á los pies, sin espacio donde revolverse los sirvientes, que al menor descuido podían sufrir graves consecuencias, descargaron el cañón y embastaron de nuevo al mulo. Hízose la peligrosa operación sin más contratiempo afortunadamente que el insignificante de la parada, y mientras se ejecutaba sostuviéronse los individuos por un milagro de equilibrio.

Pasado aquel difícil sitio, ocho minutos después vino otro de la misma índole, en que tampoco ocurrió novedad, y á los 60 metros se desvió el camino de la orilla del río, internándose en una frondosa alameda, que nos sorprendió agradablemente, pues hasta entonces habíamos marchado por entre ásperos y pelados peñascos, sin más vegetación que el musgo, el líquen y los helechos.

Se hizo un alto de 45 minutos y, conforme iban llegando las piezas, que tan lentamente y con tantas precauciones habían tenido que vencer los obstáculos, se descargaban y repartía á la tropa vino y carne en fiambre. Se reconocieron los bastes y las cargas, cambiósese alguna, se distribuyó el pienso y apretaron cinchas.

A las 5 de la tarde reanudamos la marcha, subiendo una rampa bastante pendiente y guijarrosa y al cuarto de hora se avistó la Masía de San Andrés donde nos facilitaron agua. De nuevo pasamos por la orilla del río y á los 6 kilómetros, dejando á la izquierda un arruinado puente se toma una cuesta, que sería de gran peligro por tener debajo hondo precipicio de no rodearla un pretil de seguridad, y se llega á un túnel de 50 metros de longitud, abierto en la misma roca; obra originalísima y atrevida que por igual honra á los que la trazaron y á la Diputación á cuya iniciativa se debe.

Visto aquel lugar desde el fondo de un barranco, al que bajamos el capitán Martínez, teniente Udaeta y yo á costa de grandes esfuerzos, resbalones y caídas, presenta un golpe de vista admirable.

Dos cadenas de montañas se miran casi paralelas, formando una inmensa cortadura, uno de cuyos lados baja casi recto y oculta su tajante base en el río, que ruge con ensordecedor ruido, aprisionado en hondo y pedregoso cauce, y el otro sólo dista del primero el ancho del río, cuyo caudal habíase aumentado por las últimas lluvias, el de la senda que seguía la columna y unos pequeños salientes por donde nos habíamos *descolgado*.

Tan juntas sus bases, todavía parece á la vista lo están más sus cumbres, que se elevan imponentes y gallardas, semejando desde donde estábamos, las paredes de colosal sepulcro, dispuesto á cerrarse sobre nosotros.

El paso de los soldados no podía ser más bello y pintoresco. Aparecían y desaparecían en las revueltas de la ondulante vereda y, al salir de la obscura boca del túnel, causaba maravilloso efecto, la línea del ganado y de la tropa, con su diversidad de colores vivísimos, sobre los que se destacaban las rojas y amarillas banderolas, el brillo de los cañones y los cascos, y la severidad grandiosa del paisaje. Quisimos fijar con la máquina fotográfica este encantador conjunto, pero las malas condiciones de la luz y la posición muy baja de la máquina no lo permitieron.

La tarde estaba muy avanzada y, sus opacas tintas, sin fuerza ni vigor, nos envolvían en obscuras penumbras, en el fondo de aquella hendidura, que pare-

cia hecha por la cicoplea espada de un gigante, mientras arriba las crestas de la montaña, puntiagudas y afiladas como agujas de gótica catedral, brillaban con los enrojecidos resplandores que ostenta al ocultarse el abrasador sol de julio.

Todo este sitio de fantástica y selvática hermosura, que el ojo no se cansaba de contemplar, llámase el paso de *Sellas* (1).

El camino seguía en iguales condiciones á la parte anteriormente atravesada, y que vanamente he intentado describir. Rampas y pendientes de más ó menos inclinación, sinuosas curvas, estrechos senderos obstruidos por la maleza, un nuevo túnel de la misma roca, precipicios y torrentes en los que el agua se revuelve furiosa, festoneando sus bordes de blanquísima espuma, y peñascos desiguales cubiertos de silvestres plantas, es lo que íbamos encontrando, mientras marchábamos por la orilla izquierda del río. Poco después pasamos á la derecha por un puente de piedra de dos metros de ancho; á él sigue una rampa empedrada muy peligrosa, y, á los 6 kilómetros, encontramos un puente colgante que se halla á la entrada de Pont de Suer, en cuyo pueblo penetramos con las primeras sombras de la noche.

El oficial de itinerario que se había adelantado, tenía ya todo dispuesto para alojar gente y ganado, y preparadas las provisiones. Se apareó el material en una posada, en la cual se hizo la cura, valiéndonos de los faroles, dotación de la batería, y distribuído el servicio se tocó silencio, retirándonos en busca de descanso que lo exigía la trabajosa y larga jornada.

De Pont de Suer á Castejón de Sos, 5 de julio.—Se tocó diana á las cuatro y sin casi habernos enterado de cómo era el pueblo, salimos á las seis, yendo muy de avanzada la infantería en servicio de flanco é itinerario.

Atravesamos el puente colgante del día anterior, que es muy bueno y de bastante extensión, pero deteriorado por el tiempo, y se tomó un precioso camino de herradura que bordeaba la falda de la montaña á mitad de su altura.

A la hora se dió un descanso de 15 minutos, preparatorio para subir un pronunciado repecho que duró 10 minutos, atravesando luego el barranco de Sirés y el pueblo del mismo nombre.

Desde allí el camino cambia por completo de aspecto, y pasa por espesos bosques de robles, nogales, álamos y encinas, teniendo en algunos sitios que romper la muralla de malezas formadas por el boj, el lentisco y otros arbustos, los cuales, á la par de recrear la vista, nos embriagaban con sus saludables olores.

La extensa cinta formada por la columna, iba marcando las sinuosidades de la montaña; subía unas veces, bajaba otras; ya iba por el cauce de los arroyos desprendidos de los altos picachos ó se elevaba á los puntos más elevados de éstos (2); tan pronto desaparecía entre espléndido follaje, como se proyectaba sobre los pelados riscos.

(Continuará.)

EDUARDO DE OLIVER-COPÓNS,
Comandante de Artillería.

(1) O de *Casellas*, pues indistintamente, se nombra con uno ú otro según me dijeron.

(2) Rebasamos alturas de 1300 metros.